



INSPECTORÍA SALESIANA
"SAN LUCAS"
Venezuela

Caracas, 12 de agosto de 2002.

Queridos hermanos en Don Bosco:

Cumplo con el doloroso deber de escribir y publicar la carta mortuoria del

Padre RAFAEL EDUARDO
HERNÁNDEZ RUIZ

fallecido el 21 de octubre de 2001 en la ciudad de Caracas, habiendo recibido con anterioridad los Santos Sacramentos. Tenía 73 años de edad y 57 de profesión religiosa como Salesiano de Don Bosco.

El 11 de agosto, último día que tuvo ánimo para ser fiel al compromiso con su Diario, iniciado en los primeros años de su formación salesiana, escribe: "Hace una semana (4 de agosto) regresé de los Retiros. El tiempo se me ha hecho largo. Varias veces pensé escribir algo, pero la enfermedad me tiene sin voluntad para nada... El lunes fui a la consulta médica en la clínica El Ávila... Entré en el consultorio... y el doctor me hizo un interrogatorio bastante prolongado y prolijo, me tomó la tensión y me citó para el día siguiente para una endoscopia, con la recomendación de ir en ayunas y acompañado." Seguidamente narra con todo detalle la endoscopia que le practicaron, en la medida que los sedantes aplicados se lo permitieron. "Lo único que me recetó, -dice más adelante-, una pastilla diaria y una dieta. Me dio récipes para exámenes de sangre" y otros. "Pero sigo igual... al segundo trago o cucharada tengo dolor en la boca del estómago... todo el tiempo la boca amarga, sentido de no haber digerido y el apetito digamos que afortunadamente nulo". En realidad, el gastroenterólogo había diagnosticado tumor maligno en estado terminal.

Ante la gravedad del caso, los intensos dolores, la ineficacia del tratamiento sugerido y la poca confianza que le suscitó el médico, acudimos a la Clínica La Floresta, cuyo equipo de oncología

goza de toda fiabilidad, y, por decisión del mismo P. Rafael, que vio un rayo de esperanza en el trato recibido, alentado por los calmantes que le proporcionaron, acogimos la opinión del oncólogo que veía la posibilidad de procurarle una existencia más humana con la extirpación del estómago como medida extrema para que al menos se pudiera alimentar por vía oral; pero fue imposible por las complicaciones con los órganos adyacentes. La operación se limitó a abrirle una vía de alimentación a nivel del intestino, prescindiendo del estómago. Todavía quedaba la esperanza de someterle a una intensa serie de treinta y cinco sesiones de radiaciones para reducirle el tumor y quizá poder realizar la frustrada operación. Se completó la serie de radiaciones y todo fue inútil. A las radiaciones debería seguir una tanda de sesiones de quimioterapia, pero el equipo médico, a la vista de numerosos análisis, honestamente, desistió. No había nada más que hacer.

Desde el momento de la operación, Rafael fue consciente de la gravedad de su enfermedad, pero, hasta los últimos días, no perdió la esperanza. Sin embargo, la enfermedad seguía su curso implacable y en las primeras horas del domingo 21 de octubre, a eso de la una y media de la mañana, me despertó el P. Arcángel Gamba, Encargado en Caracas de los Enfermos de la Inspectoría, para comunicarme la triste noticia del deceso de nuestro hermano Rafael. Inmediatamente nos pusimos de acuerdo con el P. Inspector para realizar como es debido las diligencias pertinentes y organizar el sepelio. Acomodamos la Sala de Reuniones parroquiales como capilla ardiente, llena de familiares, amigos y feligreses de la Parroquia San Juan Bosco, donde el Padre Rafael siempre celebraba alguna de las primeras misas de cada mañana, días festivos o laborales, durante estos catorce años como miembro de la comunidad salesiana de Altamira. Por la tarde, después de la última misa, trasladamos el féretro al templo.

El solemne Funeral, con la participación de las jerarquías eclesiásticas salesianas, superiores y gran número de hermanos salesianos, miembros de la Familia salesiana, familiares, amigos y una nutrida representación de los alumnos del Colegio Don Bosco, se celebró en el Templo Nacional San Juan Bosco de Altamira. Y seguidamente acompañamos el féretro hasta el panteón de los salesianos en el cementerio municipal donde reposan sus restos. Descanse en paz.

Rafael nació en Caracas el día 13 de octubre del año mil novecientos veintiocho a las nueve de la mañana y, según consta en documentos oficiales, se le puso el nombre de Rafael Eduardo del Carmen y fue bautizado en la iglesia La Inmaculada Concepción de El Recreo el 21 de diciembre del 1928. El Sacramento de la Confirmación lo recibió el 07 de abril de 1929 en la Santa Iglesia Capilla del Palacio Arzobispal de Caracas. "Segundo hijo del matrimonio entre Ramón Hernández y Josefina Ruiz, su hermano mayor se llama Ramón Alberto y, con Miguel Ángel de Jesús y Ana María", formaron una familia verdaderamente cristiana, "cristianísima" dice su primo el P. José Angulo, que continúa: "Yo estuve en contacto más con los mayores, Ramón Alberto y Rafael Eduardo. Los veía cuando yo venía de la escolita salesiana Don Bosco de Sarría y ellos venían del Colegio La Salle de Tienda Honda, ya que sus padres estaban mejor dotados económicamente que los míos y podían ponerlo en ese colegio. Sus padres regalaron a los salesianos el actual terreno del Noviciado de San Antonio de Los Altos. Recuerdo que una mañana mi mamá me dijo: Ramón Alberto y Rafael Eduardo se fueron para el seminario salesiano de La Vega. A mí me impresionó, pero el papá de ellos había estudiado en el naciente colegio San Francisco de Sales y lo mismo mi tía conocía mucho a los salesianos, que tenían gran influencia por el Colegio y el Santuario en esa zona del este de la pequeña Caracas de aquellos tiempos. Nosotros vivíamos en Maripérez. Ramón Alberto se salió del Aspirantado de La Vega y quedó Rafael Eduardo. Pero cuatro años más tarde me fui yo también para La Vega, quizá influenciado por mi primo. Yo estaba en el primer año y él en el último. Recuerdo que allí mi primo era modelo de piedad y de estudio. Cuando leían las notas públicamente

dulce de mi vida!, el jirón más preciado: mi inocente ingenuidad de ver las cosas, a través de ensueños, de quimeras. Pero he aquí la gran palabra: a cada instante renunciamos un poco de lo que antes quisimos; y al final, cuántas veces el anhelo menguante pide un pedazo de lo que antes fuimos... Yo voy hacia mi propio nivel. Ya estoy tranquilo. Cuando renuncie a todo seré mi propio dueño; desbaratando encajes llegaré hasta el hilo. La renuncia es el viaje de regreso del sueño”.

Entre las hojas sueltas de su Diario se encuentra una cita del Padre Álvarez que muy bien pudiera reflejar el laborío de la vida interior del Padre Rafael: “muchos religiosos, examinando su vida, notan que, lejos de aprovechar en la virtud, cada día van peor, las pasiones los dominan más. La causa de todo esto es que les falta el amor divino. ¿Y para encenderse en ese amor? Es suficiente practicar los ejercicios diarios de piedad con verdadera fidelidad, y poco a poco nuestro corazón arderá en amor de Dios y progresaremos sin darnos cuenta. La oración lo obtiene todo. Lleva al hombre hasta las excelsas alturas de la perfección”. En el fondo es la expresión de las prácticas de piedad del salesiano, que no son muchas, pero nos piden fidelidad. Siempre vimos al Padre Rafael con el rosario en la mano después de las Buenas Noches. Entre sus apuntes están los resúmenes de todas las tandas de Ejercicios Espirituales que hizo. Y fue fiel hasta la muerte, mientras pudo, en la celebración de la Santa Misa: las dos últimas líneas de su último día de Diario expresan lo siguiente: “Dije Misa a un cuarto para las 12 en la Capilla. La he dicho allí a media mañana creo que desde el martes”, cuando ya no pudo más ir a la misa asignada en el templo.

Sus últimos días, no obstante las atenciones de esta Comunidad y de sus familiares, que estuvieron siempre a su lado; no obstante los sedantes que los médicos le recetaron, fueron un encuentro con el dolor, el misterio del dolor vivido en carne propia.

Colocada como punto final a su entrañable Diario, hay una página suelta, escrita con letra que no parece suya, y firmada el día 3 de octubre por la Hna. Teresita del Niño Jesús. Ciertamente la hizo suya y la vamos a dejar aquí como último pensamiento y vivencia de nuestro hermano. Se titula “Ofrecimiento del dolor”. “¡Oh Señor!, nosotros los enfermos nos acercamos a Ti. Cuando todos sonríen, nosotros lloramos en silencio. Mientras todos trabajan, nosotros descansamos forzosamente en una quietud más fatigosa que la misma labor. Haz, Señor, que comprendamos la sublime fuerza misionera del dolor en Cristo por el aumento de vocaciones sacerdotales, por los infieles y pecadores. Aceptamos nuestro estado de enfermos. Por ellos ofrecemos las vigiliat atroces, las noches interminables, la sed de las fiebres altas, las inyecciones y curas dolorosas, el abandono, la soledad y el desprecio. Recibe, Señor, en tus manos clavadas nuestra inutilidad y dale una eficacia redentora y universal. Amén.”

Un salesiano menos en la tierra, un salesiano más en el cielo. Una vez más el agradecimiento a las enfermeras, a los médicos y a tantas personas que acompañan y alientan a nuestros hermanos enfermos.

No olvidemos rezar al Señor por el eterno descanso del Padre Rafael Eduardo Hernández.

Ciertamente desde el cielo intercederá delante de nuestra querida Madre Auxiliadora, que tanto amaba en el rezo diario del Santo Rosario, para que suscite muchas y santas vocaciones para nuestra Inspectoría.

P. Fulgencio Sánchez
y Comunidad de Altamira.

nosotros, ¡te pido que te des tu acordadita de mil. Aunque un poco ilusionada por la vida, necesito de muchas gracias del Señor. Yo también rezaré por ti mucho. Tu hermanita, que ahora es más pequeñita delante de ti. Ana María". Y su papá: "Querido hijo, como tu mamá y hermana expresaron sentimientos y deseos tan conformes con los míos no tengo más que unirme a ellos para contigo". Su tía María Antonia, religiosa: "Qué bueno es Jesús con nosotros, nos ha retirado del mundo engañoso para que le amemos con todo el corazón... Tú sabes mejor que yo cuál es la misión del sacerdote y religioso: olvidarse de sí mismo por las almas... Esas manecitas que me parece que fue ayer que las dejé de ver cuando dejé el mundo, Jesús las hizo crecer para que le tomes en ellas y tu mismo le deposites en tu corazón y en todo el que quiera recibirle. Esa es la felicidad de las felicidades que nunca podremos agradecer. En fin, mi sacerdote, creo que puedo llamarte así"

Amistad profunda con los salesianos que trabajaron con él. A los salesianos que han ido a estudiar a Italia hasta les dedica unos versos verdaderamente poéticos titulados "Plenilunio", sueños e ilusiones compartidos ante el claror de la misma luna. Y al amigo tirocinante con él en Valencia, ahora exsalesiano, que le obsequia un "Album del Ayer", con el cariño de hermano, con la sinceridad de un colega; con el recuerdo de un sincero amigo que rememora con afecto los sabrosos tiempos del ayer, íntima y amigablemente vividos y vivenciados, le responde entre otras cosas: "Ante todo vuelvo a leer la tuya. Tiene el color de rosa de la flor de apamate, la fragancia de Valencia y el sello de tu joven espíritu. Fue verdaderamente sorpresiva para mí. No la esperaba. Ya te había catalogado en el número de los que para mí sólo fueron y no son. Tus noticias me han hecho gustar de nuevo el agraz nostálgico... Se me antoja que cada época tiene su manía. En efecto, conozco uno que sufrió las siguientes desde los 13 años: de lo verde, de la musculatura, del inglés, religiosa o mística, literaria o becqueriana, de la música, lexicaria, de no comer caramelos, del independentismo real o aparente... y la última es un complejo que no lo puedo expresar y que realmente no conozco y desearía conocer..." Es consciente que tiende a complicarse la vida en sus relaciones con los demás, pero cree estar luchado por conseguir un equilibrio. Así se expresa en la misma carta, después de un paseo al Naiquatá: "... sería porque todo el paseo fui aislado y saboreé mis pensamientos mientras admiraba la naturaleza: pero lo que sé que la angustiosa complicación de la mente, el encono de la lucha diaria, las heridas del amor propio, la necia vanidad de un éxito y la actividad sobreexcitada, todo cambió en mí y dio lugar a la anhelada serenidad de una paz suave y emprendedora. Sé que en mi frente quedó estampada la serenidad de las cumbres y en mis ojos el mirar de las grandes distancias y el reflejo de horizontes lejanos. Este fue el milagro de la montaña cubierta de cendales de bruma, donde pasé rozando la vegetación sedosa, pálida, que brillaba con vivos de terciopelo plateado... todavía siento la impresión obsesionante y a la vez libertadora de esas soledades anegadas en luz..., en un transporte de ardores y de claridad entendí que la vida verdadera es la que se encuentra más allá del círculo tangible de los sentidos... Y ya me despido pues esto va en vías de no terminar con detrimento del tiempo y de tu paciencia. Adiós. No me olvides. Y no dejes de escribirme".

Sí, el Padre Rafael fue un hombre de profunda vida interior, un hombre agónico en sentido unamuniano, lucha entre su riqueza interior de buenos sentimientos y aparente adustez externa. La nostalgia de la vida pasada, de sus trabajos, de su entrega generosa, de sus ilusiones y desilusiones le hace expresarse así, siendo estudiante de Teología, ante la lectura de una Revista que le llegó desde el Colegio Don Bosco de Valencia: "A través de este caleidoscópico recordatorio, veo en la distancia como una flor de nostalgia, una rosa de montaña, pálida, triste y húmeda... Si, mi hermana la añoranza, siempre amiga de mis pensamientos, de mis pensamientos taciturnos, me acompaña hoy en mis paisajes de recuerdos... ¡Cómo me parece a veces que he perdido lo más

en el salón de estudio, él salía frecuentemente como el más excelente de la clase. En el Aspirantado había una banda en la que mi primo tocaba la trompeta o cornetín; y, en las obras de teatro, actuaba con mucha frecuencia. Compañeros nuestros allí fueron también el Cardenal Ignacio Velasco, Monseñor Miguel Delgado, Monseñor José Vicente Henríquez, el Hermano Coadjutor José Ramón González, el Padre Gustavo Díaz q.e.p.d., el Padre Gustavo Hergueta, etc. Nuestro Director era el Padre Alberto Panciera. Rafael tenía grandes disposiciones para el dibujo y la música. Al año siguiente, mi primo se fue al noviciado, con el Padre Ricardo Alterio como Maestro de Novicios, que también sería su Director en la Filosofía.”

Salesiano desde el 08 de diciembre de 1944, con su Primera Profesión en Los Teques-Santa María, renueva votos trienales el 08 de diciembre en el Colegio Don Bosco de Valencia y se entrega para siempre a Don Bosco con la profesión perpetua el día 08 de diciembre de 1950, también en el Colegio Don Bosco de Valencia.

Cumplido su tirocinio práctico entre Valera y Valencia, comienza sus estudios de Teología en la Crocetta de Turín, pero, por dificultades de salud, pasa a Messina y luego a Mosquera(Colombia). Ordenado sacerdote en Cali(Colombia) el día 01 de junio de 1958, canta su Primera Misa el 16 de julio en Caracas.

Desarrolla su actividad educativo pastoral como novel sacerdote en la Comunidad del Colegio Don Bosco de Valencia. Seguidamente, es enviado a Caracas-Bolea como Consejero escolar, donde permanece tres años. El 1962 está en el Colegio Santo Tomás de Aquino como Catequista. Cuatro años más tarde, como Consejero, en el Colegio San Luis de Mérida, donde permanece un año. En 1967 forma parte de la Comunidad de Sarría y se desempeña como profesor de Artística durante seis años. Con el mismo desempeño está tres años en el Colegio Domingo Savio de Los Teques. De allí pasa al Liceo San José, donde permanece hasta el 1987. Y, a partir de ese año, forma parte de la Comunidad de Altamira, como Director Escolar ante el Ministerio hasta el curso 1990-91, aunque desde el principio trabaja en la Editorial Salesiana de Sarría con horario laboral, como miembro del Equipo de Redacción de los textos escolares de nuestra Casa editora.

La Inspectoría ha perdido un salesiano bien preparado. Ya hemos leído testimonios de sus dotes y habilidades personales como formando. Inteligencia despierta y cualidades artísticas bien cultivadas en la pintura y la música. Preocupado por ser miembro útil de la Congregación, no descuidó las titulaciones civiles: primero como Maestro Graduado y luego Profesor Graduado en la especialidad de Educación Artística.

Su perfil espiritual quizá no sea tan fácil describir. Un tanto taciturno, reservado, poco comunicativo pudieran ser las rasgos que aparecían superficialmente, Pero espigando su diario y cuadernos se percibe una gran sensibilidad espiritual, con profundidad humana y salesiana.

En primer lugar se destaca su amor a la familia de sangre. A todos los tíos, primos y sobrinos los llama por su nombre. No olvida a nadie. Goza con sus alegrías y con sus penas. Reconoce que su fuerza espiritual arranca de ellos. Y, efectivamente, ellos gozan con él. Le quieren. Le ayudan con sus oraciones y sus consejos. Como el día de su ordenación, la familia no puede desplazarse a Cali, así le escribe su mamá: “Y como los deseos tuyos eran que yo recibiera al niño Jesús de tus manos y no puede ser te pido que en el instante de consagrar por primera vez le digas a El y después a su querida Madre que tenga misericordia de mí y de todas las personas a quien amo... esos botoncitos de rosa que te envió llevan impreso un besito mío y otro de la Virgen que tengo aquí muy adornada, dale tu también un beso y ponlo a los pies de cualquier imagen de Ella el día 31 como símbolo de la corona que tu y yo en el último día del mes”. Su hermana: “... y como ya llegó el tiempo de pedirte

